

Gobernar es papaya

Lunes, 10 de Abril de 2017 - Id nota:605680

Medio : La Segunda
Sección : Economía
Valor publicitario estimado : \$1513850.-
Página : 24
Tamaño : 25 x 13

<http://www.clientes.chileclipping.com/multimedia/20170410/phpbMLoav.jpg>



Guillermo Larraín

Gobernar es papaya

Años atrás, algo “papaya” era fácil de hacer. Los lectores más jóvenes usan “piola” y en un lenguaje menos coloquial decimos “trivial”. Según la RAE, algo fácil “no requiere gran esfuerzo, habilidad o capacidad”.

Bueno, pareciera que algunos chilenos —no sabemos cuántos todavía— piensan que gobernar es papaya. Bastaría que alguien destaque en algo específico —el periodismo o la televisión son los más comunes hoy, pero por qué no en el futuro pensamos en el deporte o la música— para que por extensión se

pensara que alguien puede gobernar. Si lee sin equivocarse, debe saber gobernar. Si es empático con las necesidades del pueblo, debe saber cómo satisfacerlas.

Chile no era así. Las figuras presidenciales se las seleccionaba entre aquellos con experiencia en gestión política, con destrezas probadas para ejercer el poder que otorga el cargo.

El Presidente en Chile tiene un enorme poder: controla un presupuesto de unos US\$ 50 mil millones, define la agenda legislativa, tiene iniciativa exclusiva en materias que involucran recursos públicos y afectan la seguridad social, tiene el control del ejercicio del monopolio de la fuerza. Debe de-

cidir en condiciones de alta incertidumbre y poca información, optar por políticas que tienen alternativas cuyo atractivo es difícil de negar, escoger entre males menores, resolver problemas que son ambiguos. No cualquiera hace esto bien.

Evidentemente, un periodista —como Guillier o Sánchez— pueden tener una cultura y empatía que les permite ser creíbles y cercanos a la gente. Pero eso no los hace necesariamente aptos para gobernar. No quiero decir que ellos carezcan de estas dotes. Digo que no los sabemos y, por lo tanto, que es un riesgo.

Adicionalmente, un gobernante no actúa solo. Requiere gente capacitada que lo acompañe en el gabinete, en los altos puestos de la administración estatal, en el Congreso. Y no hay tanta gente competente, ésa es la verdad.

El liderazgo para gobernar esta estructura no es evidente y un Presidente puede perderlo, no sólo al final del man-

dato, sino antes. Esto es particularmente cierto cuando el Presidente tiene poca claridad programática propia y pretende arbitrar posiciones de sus bases de apoyo. Si estas bases difieren mucho en su visión del mundo, la capacidad del Presidente de liderar es baja.

En países tan presidencialistas como Chile, es un riesgo elegir un Presidente con pocos antecedentes. En parte por esto, un eje de cualquier reforma constitucional debe ser desconcentrar el poder, repartir criterios, crear instrumentos que permitan desbloquear problemas políticos y permitir mayores oportunidades de expresión de la voluntad popular. El modelo semipresidencial tiene riesgos pero vale la pena discutirlo, pues si llegara a la presidencia alguien que cree que gobernar es papaya, provee formas menos traumáticas y más productivas socialmente de gestionar su incapacidad.

Cuando el Presidente tiene poca claridad programática propia es fácil **perder el liderazgo** con una base de apoyo amplia.
